

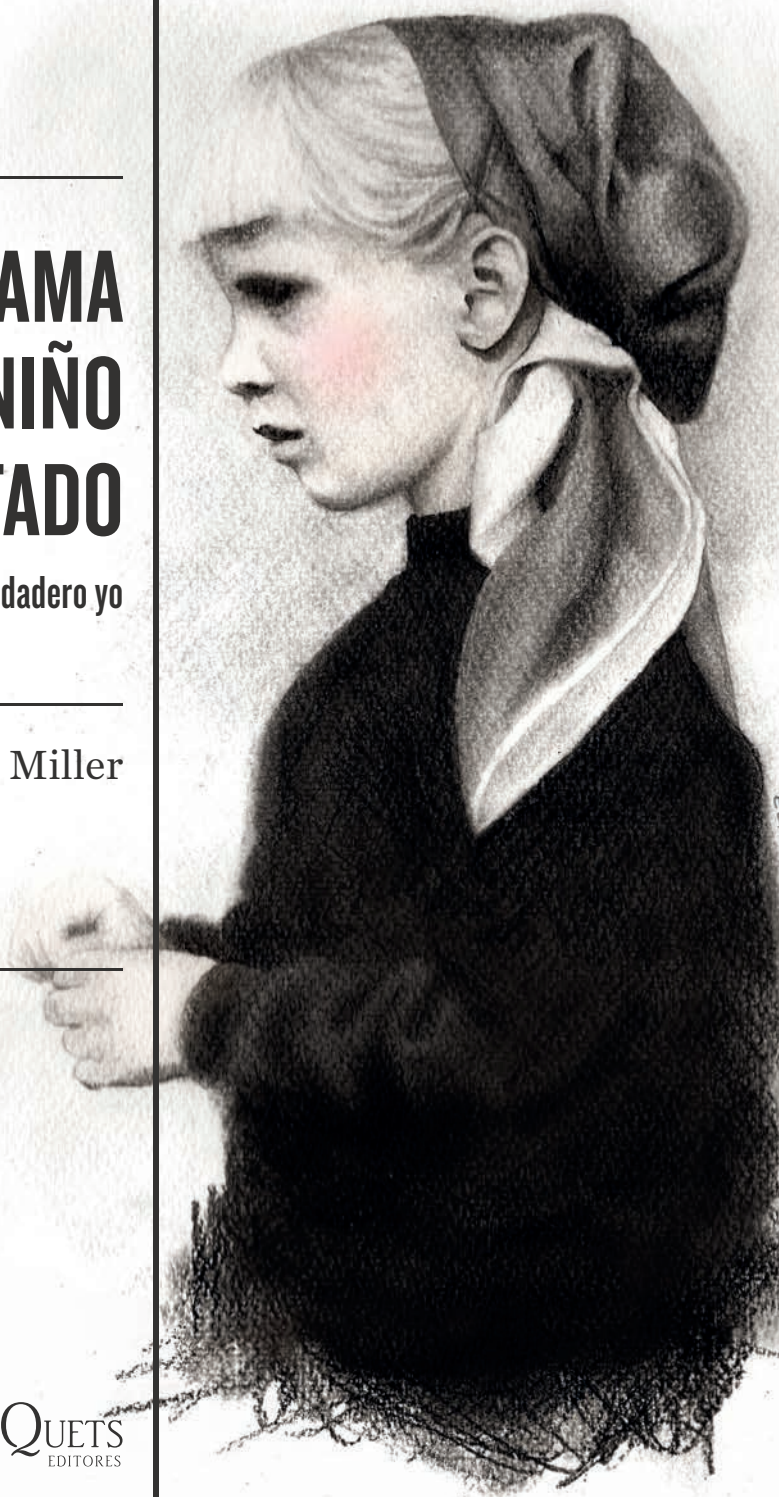
Alice Miller

**EL DRAMA
DEL NIÑO
DOTADO**

y la búsqueda del verdadero yo

Biblioteca Alice Miller

TUSQUETS
EDITORES



Alice Miller
EL DRAMA
DEL NIÑO DOTADO
y la búsqueda del verdadero Yo

Edición ampliada y revisada

Traducción de Juan José del Solar

Título original: *Das Drama des begabten Kindes und die Suche nach dem Wahren Selbst*. Eine Um- und Fortschreibung 1994

- 1.^a edición en esta presentación: abril de 2020
- 1.^a edición en Superínfimos: febrero de 1985
- 1.^a edición ampliada y revisada en col. Ensayo: febrero de 1998
- 2.^a edición en col. Ensayo: octubre de 2001
- 3.^a edición en col. Ensayo: septiembre de 2005
- 4.^a edición en col. Ensayo: septiembre de 2016

© Suhrkamp Verlag, Frankfurt am Main, 1994
Todos los derechos reservados por y controlados por Suhrkamp Verlag Berlin

Traducción de Juan José del Solar
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-810-8
Depósito legal: B. 4.651-2020
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores
Impresión y encuadernación: Black Print

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

Agradecimientos.	9
I. El drama del niño dotado y cómo nos hicimos psicoterapeutas	
Todo, salvo la verdad	15
El pobre niño rico	19
El mundo perdido de los sentimientos	25
En busca del verdadero Yo.	31
La situación del psicoterapeuta	39
El cerebro de oro.	47
II. Depresión y grandiosidad: dos formas de la renegación	
Destinos de las necesidades infantiles.	51
La ilusión del amor.	59
Fases depresivas durante la terapia.	81
La cárcel interior	87
Un aspecto social de la depresión	95
La leyenda de Narciso.	101

III. El círculo infernal del desprecio

La humillación del niño, el desprecio de la debilidad y sus consecuencias. Ejemplos de la vida cotidiana	105
El desprecio en el espejo de la terapia	119
Epílogo 1995	157
Epílogo 2008	169
Retrato de Alice Miller. Sobre la realidad de la infancia	173
Las raíces de la violencia. Doce puntos	177

Todo, salvo la verdad

La experiencia nos enseña que, en la lucha contra las enfermedades psíquicas, únicamente disponemos, a la larga, de una sola arma: encontrar emocionalmente la verdad de la historia única y singular de nuestra infancia. ¿Podremos liberarnos algún día totalmente de ilusiones? Toda vida está llena de ellas, sin duda porque la verdad resultaría, a menudo, intolerable. Y, no obstante, la verdad nos es tan imprescindible que pagamos su pérdida con penosas enfermedades. De ahí que, a través de un largo proceso, intentemos descubrir nuestra verdad personal que, antes de obsesarnos con un nuevo espacio de libertad, siempre nos hace daño, a no ser que nos conformemos con un conocimiento intelectual. Aunque en ese caso seguiríamos aferrándonos al ámbito de la ilusión.

No podemos cambiar en absoluto nuestro pasado ni anular los daños que nos hicieron en nuestra infancia. Pero *nosotros* sí podemos cambiar, «repararnos», recuperar nuestra identidad perdida. Y podemos hacerlo en la medida en que decidamos observar más de cerca el saber almacenado en nuestro cuerpo sobre lo ocurrido en el pasado y aproximarlo a nuestra conciencia. Esta vía es, sin duda, incómoda, pero

es la única que nos ofrece la posibilidad de abandonar por fin la cárcel invisible, y sin embargo tan cruel, de la infancia, y dejar de ser víctimas inconscientes del pasado para convertirnos en seres responsables que conozcan su historia y vivan *con* ella.

La mayoría de la gente hace justo lo contrario. No quieren saber nada de su propia historia, y, por consiguiente, tampoco saben que, en el fondo, se hallan constantemente determinados por ella, porque siguen viviendo en una situación infantil no resuelta y reprimida. No saben que temen y evitan peligros que en algún momento fueron reales, pero dejaron de existir hace tiempo. Son personas que actúan impulsadas tanto por recuerdos inconscientes como por sentimientos y necesidades reprimidas que, a menudo y mientras permanezcan inconscientes e inexplicadas, determinarán de forma pervertida casi todo lo que hagan o dejen de hacer.

La represión de los brutales abusos y malos tratos padecidos en otros tiempos induce, por ejemplo, a mucha gente a destruir la vida de otros y también la propia, a incendiar casas de ciudadanos extranjeros, a vengarse e incluso a calificar todo esto de «patriotismo» a fin de ocultarse la verdad a sí mismos y no sentir la desesperación del niño maltratado. Otros prolongan de forma activa las torturas que alguna vez les infligieron; por ejemplo, en clubes de flagelantes, en rituales de tortura de todo tipo, en el ambiente sadomasoquista, y designan todo esto como liberación. Hay mujeres que se hacen perforar los pezones para colgarse aros, se dejan fotografiar así en periódicos y cuentan con orgullo que no sienten dolor alguno al

hacerlo, y que incluso les resulta divertido. No hemos de dudar de la sinceridad de tales afirmaciones, pues estas mujeres debieron de aprender muy pronto a no sentir ningún dolor.

¿Y qué no harían hoy para no sentir el dolor de la niña que fue víctima de los abusos sexuales del padre y tuvo que imaginarse que así le estaba dando placer? Una mujer que haya sufrido abusos sexuales en su infancia, que reniegue de esa realidad infantil y haya aprendido a no sentir dolor, huirá continuamente de lo ya ocurrido recurriendo a los hombres, al alcohol, las drogas o a una actividad compulsiva. Necesita siempre el «pinchazo» para no dejar aflorar el «aburrimiento» ni dar paso al sosiego en el que sentiría la sofocante soledad de la realidad de su infancia, pues teme este sentimiento más que a la propia muerte, a no ser que haya tenido la suerte de saber que revivir y tomar conciencia de los sentimientos infantiles no mata, sino que libera. Lo que, en cambio, sí mata a menudo es el rechazo de los sentimientos, cuya vivencia consciente podría revelarnos la verdad.

La represión del sufrimiento infantil no sólo determina la vida del individuo, sino también los tabúes de la sociedad.

Las biografías habituales ilustran claramente este hecho. Al leer biografías de artistas famosos, por ejemplo, vemos que sus vidas comienzan en algún punto más o menos cercano a la pubertad. Antes, el artista pudo haber tenido una infancia «feliz», «dichosa» o «sin preocupaciones», o bien una niñez «llena de privaciones» o de «estímulos», pero *cómo* pudo ser la in-

fancia de ese individuo es algo que parece carecer de todo interés. ¡Como si en la infancia no estuvieran ocultas las raíces de toda la vida! Quisiera ilustrar lo dicho con ayuda de un pequeño ejemplo:

Henry Moore escribe en sus *Memorias* que, siendo todavía muy niño, le permitían friccionar la espalda de su madre con aceite antirreumático. Al leer esto, se me abrió de pronto una vía de acceso totalmente personal a la obra plástica de Moore. En las mujeres grandes y yacentes, de cabeza pequeña, vi a la madre con los ojos del niño que reduce la cabeza materna de acuerdo con su perspectiva y concibe la espalda cercana como algo gigantesco. Puede que esto tenga sin cuidado a muchos críticos de arte. Para mí, en cambio, es sintomático de la intensidad con que las vivencias de un niño perduran en el inconsciente, y de las posibilidades de expresión que pueden encontrar cuando el adulto es libre de hacerlas valer.

Ahora bien, el recuerdo de Moore era inocuo y podía perdurar. Pero las vivencias traumáticas de toda infancia permanecen en la oscuridad. Ocultas en esas tinieblas permanecen asimismo las claves para la comprensión de toda la vida ulterior.

El pobre niño rico

Antes no podía evitar preguntarme si algún día nos sería posible captar la dimensión exacta de la soledad y del abandono a los que estuvimos expuestos cuando niños. Entretanto sé que es posible. No me refiero aquí a los niños que, a ojos vistas, crecieron sin cuidados y que se han hecho adultos con esta certeza. Me refiero más bien al elevado número de personas que llegan a la terapia con la imagen de esa infancia feliz y protegida que los vio crecer. Se trata de pacientes con muchas posibilidades, e incluso con talentos que desarrollaron posteriormente y cuyas dotes y rendimientos también han sido alabados con frecuencia. Casi todos estos niños controlaban su micción ya en el primer año de vida, y muchos ayudaban con habilidad, entre el año y medio y los cinco años, a cuidar de sus hermanitos menores.

Según la opinión preponderante, estas personas —orgullo de sus padres— deberían tener una autoconciencia sólida y estable. Pero ocurre precisamente lo contrario. Todo cuanto emprenden les queda entre bien y excelente, son admirados y envidiados, cosechan éxitos allí donde lo consideran importante, pero de nada les sirve todo esto. Detrás acechan la depre-

sión, la sensación de vacío y de autoextrañamiento, de vivir una existencia absurda... en cuanto se esfuma la droga de la grandiosidad, en cuanto dejan de estar *on top*, de tener la seguridad de la superestrella, o cuando los invade el repentino sentimiento de haber fallado ante cualquier imagen ideal que tengan de sí mismos. Y entonces son ocasionalmente torturados por miedos o serios sentimientos de culpa o de vergüenza. ¿Cuáles son los motivos de un trastorno tan profundo en este tipo de personas dotadas?

Ya en la primera sesión le hacen saber a quien los escucha que tuvieron padres comprensivos, al menos parcialmente, y que, si alguna vez les ha faltado comprensión por parte de quienes los rodeaban, esto se debía, en su opinión, a ellos mismos, al hecho de que no podían expresarse de forma adecuada. Presentan sus primeros recuerdos sin compasión alguna para con el niño que, en su momento, ellos también fueron, lo cual resulta tanto más sorprendente cuanto que dichos pacientes no sólo poseen una manifiesta capacidad de introspección, sino que, además, pueden compenetrarse con relativa facilidad con otras personas. Sin embargo, su relación con el mundo sentimental de su infancia se caracteriza por la falta de respeto, el control obligatorio, la manipulación y el rendimiento a presión. No es raro que en ellos se manifiesten el desprecio y la ironía, que pueden llegar hasta la burla y el cinismo. En todos se advierte, además, la ausencia total de una auténtica comprensión emocional de su propio destino infantil, que no es tomado en serio, así como una desprevisión absoluta en lo que respecta a las necesidades realmente

propias, situadas más allá de la obligación de rendir. La interiorización del drama originario se cumple en forma tan perfecta que la ilusión de la infancia feliz puede ser salvada.

Para poder describir el clima psíquico de una infancia semejante, quisiera formular primero unos cuantos presupuestos de los cuales parto.

1. Es una necesidad peculiarísima del niño, desde el principio, el ser visto, considerado y tomado en serio como lo que es en cada caso y momento.

2. «Lo que es en cada caso y momento» se refiere a: *sentimientos, sensaciones y la expresión de ambas cosas* ya en el lactante.

3. En una atmósfera de *respeto y tolerancia para con los sentimientos del niño*, éste puede renunciar a su simbiosis con la madre en la fase de separación y dar los pasos necesarios para lograr su autonomía.

4. Para que estos presupuestos del desarrollo sano fueran posibles, los padres de estos niños tendrían que haber crecido también en un clima parecido. Estos padres transmitirían a su hijo la sensación de seguridad y protección en la que puede medrar su confianza.

5. Los padres que no tuvieron este clima en su infancia se hallan *necesitados*, es decir, que buscarán toda la vida aquello que sus propios padres no pudieron darles en el *momento debido*: un ser que los acepte, comprenda y tome en serio.

6. Esta búsqueda no puede, desde luego, acabar bien del todo, pues guarda relación con una *situación irrevocablemente pasada*, es decir, la primera etapa posterior al nacimiento.

7. Pero una persona con una *necesidad* insatisfecha e *inconsciente* —porque rechazada— se verá sometida, mientras no conozca la historia reprimida de su propia vida, a una *compulsión* que intenta satisfacer esta necesidad recurriendo a vías sustitutivas.

8. Los más predispuestos a ello son los *propios hijos*. Un recién nacido depende de sus padres venga lo que viniere. Y como su existencia depende de que consiga o no el afecto de éstos, hará todo lo posible por no perderlo. Desde el primer día pondrá en juego todas sus posibilidades, como una planta pequeña que se vuelve hacia el sol para sobrevivir.

A lo largo de mis veinte años de actividad como terapeuta me he visto confrontada sin cesar con un destino infantil que me parece significativo para personas con profesiones que suponen algún tipo de ayuda a los demás.

1. Es el caso por ejemplo, de una *madre profundamente insegura en el plano emocional*, que, para mantener su equilibrio sentimental, dependía de un comportamiento determinado o de cierta manera de ser de su hijo. Esta inseguridad podía muy bien quedar oculta, de cara al niño y a todo el entorno, tras una fachada de dureza, autoritarismo e, incluso, totalitarismo.

2. A esto se añadía una asombrosa *capacidad del niño* para captar y responder con intuición, o sea, también en forma inconsciente, a esta necesidad de la madre o de ambos padres, es decir, para asumir la función que inconscientemente se le encomendaba.

3. De este modo el niño se aseguraba el «amor» de los padres. Sentía que lo necesitaban, y eso daba justificación existencial a su vida. La capacidad de adaptación se amplía y se perfecciona, y los niños en cuestión no sólo se convierten en madres (confidentes, consoladores, consejeros, puntos de apoyo) de sus madres, sino que también asumen responsabilidades de cara a sus hermanos y acaban desarrollando una *sensibilidad muy particular para captar ciertas señales inconscientes de las necesidades del otro*. No es de extrañar, pues, que más tarde elijan a menudo la profesión de psicoterapeuta. Pues, ¿quién, sin esta prehistoria, pondría tanto interés en intentar descubrir todo el tiempo lo que ocurre en el inconsciente de otros? Sin embargo, en la ampliación y el perfeccionamiento de esta capacidad perceptiva que, en su momento, ayudó al niño a sobrevivir e impulsó luego al adulto a ejercer una profesión asistencial, se hallan también las *raíces del trastorno*.

Este trastorno lleva una y otra vez a estos «asistentes» a querer satisfacer con personas sustitutorias las necesidades no satisfechas en la infancia.